

## CAZABAN, VIGENTE (\*)

*Juan Pasquau Guerrero*

*Consejero del Instituto de Estudios Giennenses*

C IEN años desde el nacimiento de don Alfredo Cazabán. Cien años es demasiado para una vida, es espacio más que holgado para una existencia personal. En cien años cabe el nacimiento, la infancia, la juventud, la madurez, la vejez, la muerte, las post-muerte y, para muchos, incluso el olvido. La única inmortalidad hacedera aquí en la Tierra es la fama póstuma. He ahí el vestigio de nuestro paso. Pero la fama póstuma también se va convirtiendo en polvo, en ceniza, en nada. Hay seres privilegiados, sin embargo, para los que la fama se conserva intacta siglos después de su muerte: Se destapa su memoria y aún cabe reconocer las facciones una a una de su existencia, como se reconocen las arrugas en la frente, en los cuerpos embalsamados de los faraones. La vida de los inmortales se nos ofrece, así, reconstruida como un mapa. Y los eruditos son los geógrafos de las personalidades extintas. Porque realmente, una biografía es una geografía en que un trozo de historia embalsada —los 30, los 60, los 70 años de un hombre— se represa entre coordenadas, otorgando a cada suceso, a cada lance, a cada acontecimiento una inmovilidad, una quietud. Entonces el biógrafo aplica su lente o su microscopio a cada fragmento de la vida del famoso y hace el recuento correspondiente; es decir, vierte en cifras, como el analista de laboratorio, los aspectos, conceptos y respetos del biografiado. Y los amores, las ansias, los deseos, las virtudes, los pecados

---

(\*) Conferencia pronunciada por el Consejero del I. E. G., don Juan Pasquau Guerrero, en el acto celebrado el día 21 de mayo de 1971, en honor y recuerdo de Alfredo Cazabán.

del hombre ilustre se convierten en pasto de la voracidad pública. Pero, sobre todo, cuando el prestigio de hombre egregio cae en manos de un psicoanalista hay como para echarse a temblar. Yo he leído hace poco la exégesis que Segismundo Freud ha hecho a Leonardo de Vinci. Segismundo Freud ha lanzado su sonda al subconsciente del artista italiano, pero no se ha limitado a contabilizar sus virtudes y defectos, como en laboratorio se contabilizan los leucocitos, los glóbulos rojos o los fagocitos: ha hecho algo más científico, más sutil o más... perverso, según los puntos de vista que se adopten. Ha hecho aflorar a la superficie de las oscuras aguas abismales del pintor de la «Gioconda», un feísimo pez gordo: se ha esforzado por informarnos de que Leonardo de Vinci era de tendencia homosexual. Las cañas de pescar de Freud y de sus epígonos tienen este prurito. Ni a los muertos dejan en paz.

No nos hemos reunido aquí a los cien años del nacimiento de Cazabán a hacer el análisis de su vida con precisión biográfica ni biológica, con propósitos de erudición exhaustiva. Aunque la verdad es que la vida de don Alfredo expuesta a la consideración de un psicólogo ofrecería motivos sobradísimos para el comentario jugoso. Constatar los motivos que convirtieron a Cazabán —huérfano, emigrante, pobre, autodidacta y humilde— en el más eximio hombre de la cultura giennense de la primera mitad de nuestro siglo..., averiguar las raíces de su cordial temperamento, de su laboriosidad, de su inteligencia fértil —la inteligencia de Cazabán como un Nilo inundaba las márgenes y permitía generosamente el florecimiento del talento de los demás—; investigar, digo, las causas que movilizaron su ímpetu plural, desdoblando sus actividades —historiador, poeta, arqueólogo, periodista, hombre de mundo—, siempre bajo la hormona psíquica del entusiasmo, que diría Ortega y Gasset, nos llevaría a conclusiones más interesantes. En el mar subyacente de la vida del director de «Don Lope de Sosa», encontraríamos un ejemplo paradigmático de esa ecuación *incitación-respuesta* que Arnold Toynbee señala como una de las claves de la evolución histórica. Sostiene Arnold Toynbee, haciéndose eco de la llamada pedagogía de la dificultad, que cualquier civilización que se precie de tal ha surgido en todo caso como respuesta a un condicionamiento hostil del ambiente: aventura la hipótesis de que los pueblos o tribus detenidos o estancados en la marcha de la historia deben su atraso, precisamente, a su incapacidad para arriesgar su presente relativamente fácil en aras de un

futuro que hay que forjarse con imaginación, constancia y audacia. No hubiera existido civilización egipcia —asegura Toynbee— si, tras la última época glacial, los ribereños del alto Nilo, ateniéndose a una actitud que siguiera la línea de menor resistencia, hubieran optado por el «habitat» tropical, familiar y conocido al fin, en lugar de arrostrar las dificultades de un nuevo medio geográfico —el alto Nilo— al que se veían obligados a domeñar. Pues bien, Cazabán es un ejemplo que traduce a lo personal la hipótesis que de lo histórico-social postula Toynbee. A la incitación de la dificultad extrema —Cazabán experimenta el terrible dolor en su niñez de ver morir a su padre en viaje emigratorio en una estación de ferrocarril, en Salvatierra—, nuestro hombre reacciona de manera que pudiéramos calificar de asombrosa, con un enardecimiento vital irreprimible que le aleja del amilanamiento o del hundimiento psíquico y le inflama de Esperanza. Porque Esperanza, desde el primer momento de su desgracia, es el impulso que le hace trabajar manualmente como primer trámite, como primer expediente de una rehabilitación familiar. Esperanza sus luchas en Francia por el pan de cada día. Esperanza su cultura, forjada en genuino «tour de force». Esperanza su regreso a España, a Jaén, vigorizado por el propósito de cimentar en lo telúrico, en lo entrañable, su cuantificada y cualificada obra cultural. Obra cultural discernible, clara, específica, manifiesta; en un tiempo que había perdido sus brújulas, que navegaba en derrota por los mares de una política de cacicazgo y prebenda, más bien cenagosa. Obra insólita, por tanto, taraceada de constantes superaciones, obra con perfil y figura, amorosamente conjugada en fusión cordial con su vida de hombre bueno, de hombre que se da, de hombre que no esconde su vela bajo el celemín. Yo pondría a las generaciones jóvenes el ejemplo Cazabán. ¿Lo pondría o lo opondría? Lo opondría como réplica a esos sectores desarraigados que hunden su escepticismo, lejos de cualquier esperanza, en la vida fácil que les ha sido dada: sectores que se complacen en problematizar quizás para evitar la tarea de construir o reconstruir; que preconizan rupturas o revoluciones totales sin darse cuenta de que la misma revolución total no lo puede ser sino alrededor de un punto fijo; sectores que en su afán movilita a ultranza, incurrirían en el disparate de remover el mismísimo centro del círculo. Yo opondría el ejemplo Cazabán también —hay que decirlo todo— a los beatos de esta sociedad tecnificada, demasiado pagada de su elec-

trónica y de su cibernética; sociedad numerada, clasificada, masificada y, al par, paradójicamente especializada, a la que llamamos sociedad de consumo; más atenta al nivel de vida que al nivel moral, más devota de la cantidad que de la calidad, más científica que sabia, más informada que culta, más pendiente de los hechos que comprometida con los valores.

Pero insisto en que nuestra reunión hoy, aquí, a los cien años del nacimiento de don Alfredo, tiene más que la intención de estudiar una a una las hojas de su árbol y los brotes de su ramaje, la de complacernos en su sombra protectora. Porque concibo en estos instantes a Cazabán como aquella buena sombra de que habla Gonzalo de Berceo —«sombra codiciadora para home cansado»—. En estos días funcionales —funcionales aunque hay días que no funcionan— en que empezamos a estar enterados de todo sin saber de verdad nada, cuando nos cansa el vértigo de una actualidad que da muchas vueltas como el carrusel o como el tiovivo, en tartarinesco afán de movimiento, pero sin desplazamiento ostensible de nuestra mente y sin cazar de verdad sino las gorras que nosotros mismos lanzamos al aire...; en este momento cultural que rehuye alzar los telones de la metafísica (no sé si por miedo o por exceso de trivialidad)..., la Historia se estima por muchos como el prólogo del libro, prólogo que no se lee. Para no pocos, toda la Historia se hace ya Prehistoria. Triunfalistas como somos de la nueva era, todo lo que no es rabiosa actualidad o presentismo se relega al desván o a la buhardilla, como la pamelita de la abuelita, la chistera del abuelo o el bastón con contera de plata del tío Carlos. Pues bien, Cazabán, en medio de este páramo en que las urgencias queman, en que lo perentorio levanta ampollas, en que la prisa borra los surcos del recuerdo, nos ofrece su obra histórica, poética, periodística, social, como un árbol —repito— que da sombra. Descansar unos momentos junto a este árbol —tomar en las manos la revista «Don Lope de Sosa», un libro de versos del cronista, sus artículos de «La Regeneración», «La Unión», «La Lealtad», periódicos de los que fue redactor-jefe...; saborear sus estudios de investigación— da sosiego a los sentidos y oficia de sedante para el ánimo. La prosa de don Alfredo —a pesar de la vehemencia de su temperamento— no se encabrita jamás. Es como un campo verde que aquietta y purifica. Así lo estimaba don Angel Cruz Rueda y lo volvía a proclamar otro insigne periodista —Serrano Anguita— que siempre se confesó deudor

suyo. Pero don Alfredo árbol —árbol de sombra codiciadora para hombre cansado— es también acueducto. Acueducto mediante el cual nos llegan a los hombres de Jaén las aguas vivificantes del pasado, cuidadosamente canalizadas por el cronista. ¡Cuántos somos los que nos hemos beneficiado de este acueducto para el riego de nuestro huerto, de nuestro modesto huerto! ¡Cuántos hemos recurrido con nuestro cantarico a la fuente de Cazabán! Del embalse de los archivos, Cazabán supo encauzar, para beneficio de la cultura giennense, un prodigioso torrente de datos, memorias, documentos y testimonios. «Don Lope de Sosa» es, en cierto modo, la obra de ingeniería periodística que puso al alcance de sus numerosísimos lectores el enorme caudal histórico del Santo Reino. Yo recuerdo, a este propósito, los versos de Gerardo Diego que dicen: «Los hombros de los filósofos constituyen el acueducto — por donde nos llega la sangre obtenida del deshielo — de los más altos corazones. — Si aplico mis fauces a esa traída de siglos — se me estremecen de alas todos los árboles de mis venas»... En efecto, aplicar nuestras fauces, enchufar nuestra sed de infinitud a la traída de siglos, empaparse del agua originaria de hontanares lejanos, rejuvenece. Rejuvenece, insisto; no envejece como, por tópico, se viene a creer. Porque, digámoslo, repitiendo de nuevo a don Eugenio d'Ors: «Todo lo que no es tradición, es plagio». Y alimentarse de historia no es avellanar ni secar el espíritu, sino prepararle, precisamente prepararle, para la andadura y la carrera. Uno no concibe a la Historia sino como un estímulo y a la tradición como torrente que mueve la turbina de la acción. Acción que no pide copias repetidas —ya que el tiempo es irreversible—, sino continuaciones. Nada más primitivo, más salvaje que querer empezar cada minuto. En realidad, los minutos no empiezan, sino que prosiguen. El mismo tiempo, ¿acaso empezó más de una vez? Y cada amanecer —nada tan nuevo, tan flamante, tan risueño, tan joven como un amanecer— es pura tradición. ¡Qué desastre para la Naturaleza si el alba de cada jornada llegase no por tradición, sino por improvisación! Perdónenme ustedes estas divagaciones al margen. Pienso que don Alfredo Cazabán, los hombros de don Alfredo, nos han traído, como en los versos del poeta, la «sangre obtenida del deshielo de los más altos corazones». Porque, ¡cómo él resucitó la memoria de personas y personajes de Jaén, sin él quizás sumidas en el olvido para siempre! ¡Y cómo actualizó el recuerdo de otros —el condestable Irazzo, el deán

Mazas, Muñoz Garnica, Almendros Aguilar—. Acueducto, sí, los estudios históricos de don Alfredo para el «estremecimiento de los árboles de nuestras venas», ávidas siempre del regadío de lo ancestral.

No obstante, Cazabán no era el mero, el simple historiador. Todos sus comentadores han insistido acerca de su personalidad polifacética. Cazabán no fue un especialista. Hace un rato hemos aludido a sus múltiples actividades: cronista, poeta, arqueólogo, periodista, propulsor de obras sociales, secretario de la Económica y de la Junta Provincial de Protección de Menores, delegado regio de Bellas Artes, pedagogo, profesor en el colegio de San Agustín y en Instituto teresiano, conferenciante, director del Museo Provincial de Bellas Artes, etc. No era un especialista, sino, más bien, un humanista, atraído por la que habría que denominar ley de la inquietud universal, cuya fórmula yo expresaría de esta manera: Todos los hombres tensan su espíritu en razón directa a su amor y en razón inversa a la distancia que separa unos de otros sus conocimientos. Existen hombres que no saben relacionar sus conocimientos, que aíslan a distancias enormes sus respectivos saberes. Pero tales saberes aislados no pueden constituir jamás una auténtica inquietud, es decir, no pueden dar forma a una Sabiduría. La Sabiduría es un sistema: no es una disciplina. La Sabiduría no se hace con retazos cosidos de una y otra ciencia, sino que entraña una continuidad, sin baches: una continuidad que, al par, abarca y aprieta. La Sabiduría es una interrelación en oposición al especialismo que es, nada más, una macro-asignatura.

Los especialistas son necesarios, pero si se limitan a mirar al mundo por su agugerito —perfecto agugerito— representan la antípoda de la técnica de conocimiento que preconizaba nuestro San Juan de la Cruz. «Para venir a saberlo todo —escribía el carmelita— no quieras saber algo en nada». «Para llegar a saber el todo de algo —parece replicarle al especialista— no quieras saber nada de todo lo demás...» Los especialistas alcanza una perfecta visión parcial, pero carecen de una cosmovisión de una unitaria concepción del mundo y de la cultura. Pero, por Dios, no me refiero, no quiero referirme al decir esto a los especialistas profesionales. Quien más, quien menos debe a lo mejor su vida a un médico especialista. Aludo a los clasistas de los distintos ramos del saber: a quienes abominan de la poesía en nombre de la técnica,

de la filosofía en nombre de la física, o de la jurisprudencia en nombre del arte, que de todo hay. Esos clasismos, esos exclusivismos son deletéreos. Siempre es urgente apelar al humanismo como instancia coordinadora. Cualquier clase de conocimiento necesita de un humanismo regulador, como necesitan las ruedecillas múltiples del reloj de la rueda maestra. Los especialismos, concebidos como clasismos, son meros mecanismos que conducen a la anarquía si no se sujetan a una ley, a una norma, a una obediencia, a una moral diríamos de conjunto. Cuando un mecanismo se autonomiza —y esto sucede muchas veces en esta civilización que no es ya propiamente una cultura— es como cuando se nos pierde el tiempo. Nadie sabe, en efecto, la hora que es desde que no sé quiénes decidieron desmontar la metafísica y sus engranajes, siendo así que la metafísica constituye la última apelación y el escenario común de todas las elucubraciones. ¿Qué hora es? Recuerdo la frase de Shakespeare, de un personaje de Shakespeare: «Es tan tarde, tan tarde, que pronto será temprano, tempranísimo». Hay, sí, que esperar que amanezca cuando ya empezamos a encontrarnos tan solos, tan aislados en esta madrugada tenebrosa. ¿Qué hora es? Nadie puede precisarla en estos momentos en que las normas y los dogmas, las verdades y los principios, las leyes y las reglas —obedeciendo a esa otra ley hoy triunfante de la «contestación universal»— han empezado a ser descolgadas como cuadros viejos, como trasnochadas litografías... Hay, repito, que tener paciencia y que esperar al amanecer nuevo.

No quiero prolongar mucho más mi intervención, en este acto, intervención que me honra y que muy sinceramente agradezco a nuestro director, don José Antonio de Bonilla, de quien partió la idea y el propósito de que fuese yo, un ubetense, quien se encargase de la loa al ilustre ubetense don Alfredo Cazabán Laguna. No quiero cansarles, glosando uno a uno los cargos y las cargas de nuestro cronista provincial, pormenorizando acerca de los méritos del hombre a quien siempre se le concedieron honores muy superiores desde luego a las prebendas. Caballero de la Legión de Honor de Francia, correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, Cruz de Alfonso XII, correspondiente de la de Bellas Letras de Sevilla, de la de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo y de la de Bellas y Nobles Artes de Córdoba, su trabajo fue siempre más largo que sus horas. Y en el último día de su vida hubiera podido repetir aquella bella frase de Cervantes

escrita en la dedicatoria del «Persiles» al conde de Lemos, cuando ya el Príncipe de los Ingenios casi agonizaba en su lecho de dolor. Hubiera podido don Alfredo decir con Cervantes: «El tiempo es breve, las ansias se crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir». Era un hombre enteramente vital Cazabán. Y así como otros esperan la muerte a lomos de una larga y aburrida ociosidad, él poseía esa virtud de los hombres genuinamente activos para quienes resulta corta, extraña y desconcertantes la hora de sólo sesenta minutos. Bien que es cierto que Cazabán, como el otro don Miguel —don Miguel de Unamuno— sabía practicar la técnica no a todos accesible de cubicar las horas, buscando una nueva dimensión profunda a esa difícil e indefinible entidad que es el tiempo. Para los hombres que saben cubicar sus horas, el tiempo sigue seguramente siendo corto y peca de escasez de anchura: pero esos hombres privilegiados se dan cuenta de que cavando en su fondo el pensamiento acaba por descubrir las galerías que comunican las horas efímeras con la insondable eternidad.

En fin, don Alfredo Cazabán es un muerto y... alguien puede argüir, contestar ahora: Demasiado lejos Cazabán ya. Murió en enero de 1931. Muchos años ya... Bien. Mi principal propósito aquí y ahora es decir que esa distancia no importa y que, probablemente, esa distancia no existe. ¿De verdad los muertos se alejan cada vez más de nosotros? ¿De verdad la vela de su barco se pierde, se borra, se confunde, es la inmensidad oceánica del olvido? Como caminamos hacia un futuro, los muertos se desechan. Ahora bien: los muertos implican ausencias, pero nunca podemos incurrir en la irreverencia de hacer de los muertos pura chatarra. El hecho de que sean, en todo caso, puro pasado, no lleva anejo ni mucho menos que sean pura inutilidad. Pensar así supone un enorme —y además imperdonable— error de perspectiva. Y, además, ¿no somos nosotros los que nos vamos acercando, cada día que pasa, a los muertos en lugar de que, cada día que se va, ellos se alejen de nosotros? ¿No es nuestro futurible inexorable la muerte?

Recordad el nombre de cualquier santo. En lo de proclamar que el futurible inexcusable del hombre es la muerte coincide cualquier santo con el mismísimo Jean Paul Sartre. El hombre, ¿es un ser para la muerte? Lo que sucede es que los cristianos somos optimistas: asumimos la muerte en función de la vida, mientras los ateos existencialistas,



al negar toda trascendencia, sustituyen la fe, y por tanto el optimismo, con una pancarta que dice «Absurdo», donde debiera decir «Esperanza». Equis igual a equis, viene a decir el existencialismo equilibrando la angustia de vivir con la angustia de morir. Pero la angustia y el absurdo no son valores, no pueden sustituir a nada. Si son monedas, son monedas de cartón. Frente a la devaluación que aparenta ser la muerte no hay otro remedio que la revaluación de la vida en lo teológico. ¿Por qué ignoramos o desdeñamos a los muertos si nuestra fe nos los garantiza en otra existencia? Julián Marías califica de existencia empírica, condicionada por el tiempo y el espacio, la existencia actual. Casi resucita con esta teoría, la antiquísima de Orígenes. ¿Por qué, trivialmente, abusando de la ignorancia —porque en nuestro tiempo en ciertos sectores que se llaman progresista se abusa precisamente de la ignorancia—, por qué, pregunto, con supina ignorancia se menosprecia en nuestros días, por ejemplo, a un Tomás de Kempis? Tomás de Kempis murió el año 1071. Se cumple ahora su milenario. La gente no entiende a Tomás de Kempis. Corre por ahí la opinión de que lo que se propuso Kempis es asustarnos recordándonos en cada capítulo la idea de la muerte. Pero hay que leerle detenidamente antes de opinar. Nuestro tiempo recibe los juicios ya hechos, ya mascados por otros, para que nosotros los deglutamos luego. Muchos se alimentan de ideas ya rumiadas —y hasta cuajadas y mal cuajadas por los demás—. Así, ciertas avanzadillas católicas que mezclan en sus misceláneas, en sus impacientes tartas ideológicas, a Hegel, Freud, Carlos Marx y San Pablo... A Kempis no se le entiende y hay que leerle, precisamente con espíritu optimista, en su milenario. Lo que Kempis se propone es hacer de nuestro espíritu una fuerza. Por eso, en él, la consideración de la caducidad terrenal, lejos de invitar a un inmovilismo, atiza afanes y empresas. El «morirás», reiterado en cada una de sus páginas, no es sino un «ahora estás a tiempo de vivir». Es un «carpe diem», pero a lo divino y con enjundia racional.

Me salgo, probablemente, de mis riberas, pero el recuerdo de un muerto insigne, y de un muerto cristiano, fuerza estas consideraciones. No hay distancias auténticas entre los muertos y nosotros, desde el momento que aceptamos la profesión —y no la simple recitación— del credo cristiano. ¿Acaso los muertos no forman, con absoluto derecho, parte de la Humanidad? Yo no sé si estas palabras mías tienen un tinte reaccionario. No me importa. Cuando leo u oigo —procedentes del

campo filosófico, cultural, artístico o religioso— proposiciones a las que por eufemismo piadoso se las tapa con la capa de «modernidad», que es una buena capa que todo lo tapa; cuando oigo lanzar estas proposiciones en nombre de la Humanidad, me pregunto, me digo: Bueno, pero este señor, estos señores, para lanzar esa idea, ¿han contado con el refrendo, con la aprobación de los muertos? Ellos, al fin y al cabo, constituyen la inmensa mayoría. A mi juicio, no cabe un atropello mayor a la democracia.

Así pues, señores, no voy a terminar evocando a don Alfredo Cazabán... No he venido a evocarlo, sino a convocarlo. Quisiera que la fuerza vital de este muerto egregio nos comunicara hoy a todos los hombres de Jaén su energía. Porque, lo repito y lo machaco: Es probablemente de los muertos de donde nos llega la auténtica vitalidad. Son ellos quienes nos alargan el cable que enciende nuestra tensión; los que levantan el afán de vivir y el deseo de dar sentido y dirección a nuestras horas sobre la tierra. Si la vida de ellos —como la de don Alfredo— es fértil, ellos son los que nos salvan del escepticismo de pensar que el hombre, como sustenta Sartre, es una «pasión inútil».

Don Alfredo Cazabán no fue —lo sabemos ciertamente por su obra y por su actuación diaria— una pasión inútil. Pasó enderezando pabilos en la cultura del Santo Reino. Y fueron muchos los giennenses que encendieron su candela en la llama de nuestro cronista. Cazabán, sin distancias, suprimiendo cualquier alejamiento, convocado piadosamente aquí, puede seguir ganando batallas para Jaén, después de muerto. Posiblemente son las mejores batallas que se ganan. Basta con una mínima colaboración de los vivos. Basta con que los vivos, razonando sólo un segundo —porque basta un segundo para considerarlo— no nos consideramos definitivamente vivos. Reconociendo, al par, que ellos, los muertos, no están definitivamente muertos. Basta con que nos constatemos eslabón —nada más eslabón— de la cadena. Basta, en fin, con que seamos conscientes de que la clave del arco que ellos, que vivieron, y nosotros, que moriremos, construimos, tiene su último secreto no en ellos o en nosotros, sino en El; en El, a quien los israelitas alguna vez llamaban el Innombrable, y a quien nosotros llamamos Cristo.